

la estepa florecida

Jorge Curinao



poesía

Dicen que la nieve es neutra y que la noche canta como un niño ahogado. Escucho mi nombre en un sueño caído al pensamiento, al suelo. ¿Qué es un hombre entrando al sueño? Pañuelos perdidos en el viento.

Repito mi nombre, mi llanto, como un idiota.

Lejos, el sol de las máscaras que ríen. El sol de los ojos cerrados.

Lejos, mi nombre, mi llanto. El alimento de mi luz.

Si pudiera enlazarme con mi huida. Escuchar la angustia. Mentirme un poco. Me pregunto de qué se trata proyectarse hacia el vacío, por qué la palabra no me aborta.

Dónde se forma el silencio, dónde la región de la sed. Y por qué tengo que morir llorando.

Es necesario abandonar la noción de verdad. Reconciliarse con el mundo. No perderse de vista.

Soñar con el mar.

Soñamos con vivir juntos. Recorrer la Patagonia en un 4L, sentir el viento en la cara, conocer el desierto. Entonces, te llamaría Pri y, en la cartera, llevarías una cadenita de San Benito.

La luz envejece en la habitación. Y yo, pidiendo una frase, una sola frase que me sirva de escudo ante tanta fiebre. Eso necesito para no confundirme: un canto distinto al mío. Una plegaria que me dé algo de respiro. Una invocación donde las palabras suenen como cuchillos en el aire. No obstante, eso no sucede. Suceden las mañanas de hombres sin rostros. Los signos del sueño. La luz apagada.

Cuando nos despedimos, palabras con pájaros llovieron contra el cielo.
No había terminado de cantar aún el último gorrión y, en nuestras
manos, alguien lloraba. Lo sé porque aquel verano duró una eternidad.

Mi padre era un trabajador. Una mañana, en la primavera de 1987, se fue como todos los días. No volvió. Nadie supo bien qué pasó.

Tal vez el mar.

El cuerpo de mi padre estuvo tirado varias semanas allí, en el mar. Nadie supo bien qué pasó.

Desde entonces odio las muertes, las esperas y sobre todo, los ojos que no quieren mirar.

Mi amor está lejos. Pronto volverá y seremos como al principio. Ella será mi Alejandra Pizarnik y yo, su Antonio Porchia. Dormiremos hablando del mar y sus extraños caminos.

Se aprende, en el pueblito, a caminar despacio. Se aprende a hablar con las estrellas, con los muertos. Escucha, cierra los ojos. Es la piedra que puse entre tus manos.

La agonía de los pájaros que nadie ve. La luz gimiendo detrás del paisaje.
Suicidarse es reconocerse en el otro que nadie ve. Al que todos llaman
paisaje.

En cada rezo, mis manos no tienen dueño. No hay, fuera de ellas, una conspiración. Nos llevará varios siglos de distracciones pero, al final, pondremos la atención en las sombras. Dios es una palabra y el argumento termina aquí, donde el viento tajea.



Jorge Curinao nació en Río Gallegos, Santa Cruz, en 1979. En el año 2006, su libro *Sábanas de viento* fue elegido para ser publicado en la selección *Mi Primer Libro*, organizada por la Municipalidad de Río Gallegos.

Posteriormente publicó *Plegarias del humo* (2009), *Cactus* (2010), *Nadando* (2012), *Otros animales* (2014), *Gorriones de la noche* (2020) y *Los álamos cantan en el viento, antología* (2021).

En 2023, su libro *Restos de ciudad* fue elegido para ser publicado en la primera edición del Fondo Editorial Santacruceño (FES). Contacto: jorgecurinao06@yahoo.com.ar

